

ESPAÑA Y LA EUROPA POLITICA

EDUARDO HARO TECGLÉN

La solicitud de España de adhesión plena a la Comunidad Económica Europea plantea, además de los conocidos temas económicos (véase, en el número 757, el artículo de Carlos Elordi) una serie de cuestiones políticas que no están superadas en la situación de tránsito de España. Y en la situación de tránsito de la misma Comunidad. Son dos crisis abiertas las que se tienen que engranar. Al viajar a Bruselas precediendo en unas horas al ministro de Asuntos Exteriores, señor Oreja, una delegación del Partido Socialista español, presidida por el señor Yáñez, advirtió a los organismos de la Comunidad —en la que los socialistas tienen tanta audiencia y tanta influencia— que deberían asegurarse de que previamente se cumplen en España las premisas democráticas que sólo están en elaboración, y que no basta con que haya habido unas elecciones que se tienen por suficientes y una libertad de prensa en la que con mucha más frecuencia que en cualquier otro país europeo occidental los periodistas resultan procesados y las publicaciones castigadas. Será preciso ver la Constitución que se elabora, y cómo se elabora. Por el momento, la apropiación del partido minoritario dominante —la Unión del Centro— de algunos resortes de las Cortes y la afirmación del Consejo del Reino permiten mantener todas las inquietudes abiertas. Ciertamente muchas de las democracias que habrían de ser recipientes de España no disimulan mucho la apropiación de resortes por sus mayorías —que sí son mayorías, aunque en algunos casos precarias— para mantener una misma clase en el poder. La cual clase, a su vez, no está nada segura de que vaya a ser conservada en toda su grandeza y teme que este Gobierno sea demagógico.

Naturalmente, no es éste el problema político esencial. Puede llegar a serlo. Todavía aquí los sindicatos no son como los europeos —en fuerza, en capacidad, en afiliados: no hay una clara conciencia sindical todavía en el trabajador— no el Parlamento —con sus confusos reglamentos y sus conservadurismos forzados— está en la relación que otros Parlamentos con la opinión pública. Pero no es esa la cuestión. Una de las más agudas, de las que no se pueden decir claramente en comu-

nicados y en declaraciones, es la posibilidad de que España represente dentro de los organismos europeos un papel de peón de brega, o de caballo de Troya, de los Estados Unidos. Recordemos que ésta fue una de las principales oposiciones del general De Gaulle al ingreso de Gran Bretaña, en un momento —no diferente al actual— en el que la economía de Gran Bretaña dependía prácticamente de los Estados Unidos. El tema de los Estados Unidos sigue siendo primordial para los franceses como para muchos europeos. Unas recientes declaraciones de Giscard d'Estaing a "Newsweek" venían a insistir en que la política europea era "cada vez más común" con respecto a las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. Europa se inquietó seriamente cuando la coexistencia se profundizó, porque podía hacerse a su costa; ahora que las relaciones entre Estados Unidos y la URSS se distancian, se preocupan también de que pueda serle dañino este "malentendido" —palabra de Giscard— y vuelva a ser la vanguardia de una nueva guerra fría. Una serie de entrevistas Giscard-Andreotti, Giscard-Schmidt, Schmidt-Carter y Schmidt-Callaghan (esta última prevista para septiembre, después de una serie de conversaciones telefónicas per-

sonales) están tratando del tema. Comentando esta actividad europea, el semanario "Time", de Estados Unidos, escribe con malhumor: "Los Estados Unidos siempre tienen la culpa". Lo que pretende Europa, desde siempre, es distanciarse de los Estados Unidos. Lo quiere más ahora en que una nueva crisis, la de la energía, ha venido a demostrar que los Estados Unidos actúan con independencia de Europa, y que incluso una crisis europea no les viene mal para asentar su hegemonía. En este punto, la Euratom —organismo dependiente de la Comunidad, al que también España ha presentado simultáneamente solicitud de adhesión, como la Comunidad del Carbón y del Acero— sobre un nuevo valor: Europa debe estar trabajando activamente para la producción de energía nuclear que la libere de las fuentes clásicas. Existe, por otra parte, la preocupación por las presiones de Estados Unidos en el desarrollo de la política interior de cada país. Es una reacción de ambigüedad. Europa está dirigida por el gran capital, que es lo que representan sus Gobiernos: en líneas generales, y con el espíritu de abarcar de una vez opciones tan diferentes como las de cada uno de los nueve países del Mercado Común, hay una línea reformista dentro del capitalismo que trataría

de hacer concesiones a las clases populares, aun dentro de esta crisis general, para evitar males mayores como los que ven avecinarse: un triunfo de la unión de la izquierda en las elecciones francesas de 1978, una toma de poder de las izquierdas en Italia —o un ingreso de los comunistas en el Gobierno—. Las direcciones políticas europeas no pueden estar en contra de la presión de los Estados Unidos para evitar que eso suceda, porque es su propia conveniencia: pero no pueden permitir que sea visible. En todo caso, tratan de excluir a los comunistas. Andreotti, tras la visita que hizo a Giscard en París, explicó suficientemente que "no hay compromiso histórico en Italia. Existe un acuerdo entre seis partidos para comprometerse, en los meses próximos, a resolver los problemas más agudos en una línea común. De aquí al compromiso histórico habrá de pasar mucha agua bajo los puentes del Tiber" y también que "las situaciones italiana y francesa son absolutamente diferentes, especialmente en el interior de la izquierda entre socialistas y comunistas. Es preciso, en realidad, considerar las cosas de una manera diferente en los dos países. No tenemos la pretensión de mostrarnos como modelo. Buscamos solamente hacer una buena política". Desde el punto de vista de la polémica con Estados Unidos, Andreotti es más próximo al acuerdo que Giscard: "Pienso que el Presidente de los Estados Unidos se ha comprometido a defender el equilibrio que existe (con la URSS). Cuando habla de los derechos del hombre y de los derechos cívicos, afirma una concepción que es común a todos nosotros".

La prisa que España está dándose para mostrarse como "no ali-



Si la Europa capitalista deseara el ingreso de España por lo que supone de mercado, la integración en la Europa de los partidos va a ser más compleja. En la foto: el ministro español de Asuntos Exteriores con el presidente de la CEE, Roy Jenkins.



Los plazos de integración en la Comunidad Económica Europea no son muy largos si se considera nuestro retraso histórico, pero pueden multiplicarse. En la foto, don Marcelino Oreja con Henry Simonet, presidentes del Consejo de Ministros del Mercado Común.

neada" (nótese que el Gobierno insiste en que la adhesión a la OTAN no se haría sin abrir previamente un debate público amplio en el país, y al parecer no sólo en las Cortes, como queriendo distinguir mucho lo que supone la integración en un bloque militar dirigido por Estados Unidos y en un bloque político y económico exclusivamente europeo; lo cual no ha impedido al señor Oreja visitar en Bruselas a Joseph Luns, secretario general de la OTAN, y al general Haigh, comandante supremo) trata de marcar esa distancia con los Estados Unidos. Se advierte esa prisa en la Conferencia de Belgrado, donde España presentó el viernes la insólita amenaza de retirarse (de las discusiones preliminares) si no se adoptaba urgentemente el calendario previsto. (Hay una tirantez Este-Oeste en esta cuestión: Moscú quería que la Conferencia prevista para otoño se acordase, y el trabajo de las comisiones fuese rápido: según ellos, para obtener resultados concretos, según Occidente para soslayar el análisis de la cuestión de los derechos humanos). España parece estar actuando en nombre de los no-alineados (aunque esté dando la impresión de que favorece a Estados Unidos, lo cual iría en contra de sus pretensiones europeas y neutrales); pero el interés de España con esta actividad que despliega es el de poder llegar a ofrecerse como organizadora y sede de la nueva fase de la Conferencia de Seguridad —la primera fue la de Helsinki, la segunda la que se está preparando en Belgrado— en 1979. Si se sabe la importancia que en la mitología europea tiene esta Conferencia se comprenderá mejor el alcance de la pretensión española. Helsinki fue el punto de partida por un "comportamiento" europeo que se pretende diferente del de Estados Unidos, aunque distante de la URSS. Con esta concesión —parece ser que tendrá que luchar contra la candidatura de otros dos "neutrales": Austria y Suecia— Es-

paña podría presentarse como más distante de los Estados Unidos de lo que los europeos temen que sea.

Si la Europa capitalista —"l'Europe des affaires"— parece atraída por la idea de la integración de España —aun con la inquietud, que los grandes industriales desdeñan un poco, de la "Europa verde" o agrícola, pero que los Gobiernos no pueden desatender—, por lo que supondría de mercado, la Europa de los partidos es más compleja. La Europa de los partidos es todavía utópica: es la que se creará a partir de la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal, y por la potenciación de ese organismo. Los partidos políticos no pueden permitirse el lujo de desdeñar a su electorado agrícola: en toda Europa, los campesinos y agricultores forman la mayor oposición contra el Gobierno y aunque las zonas rurales tienen fama —y realidad— de conservadoras, en estos momentos su crisis es grave y están contra los Gobiernos: pueden inclinarse a la izquierda, como voto negativo o de desgasta. Por esta razón el Partido Socialista y el Partido Comunista españoles se ven contrariados por sus homólogos de Francia y de Italia. El Partido Comunista Español ha explicado ya que la posición de esos partidos doblemente hermanos —unidos por el "eurocomunismo"— se debe a "tácticas electorales": explicación bastante torpe porque, si corresponde a una realidad, no se debe demostrar tan claramente que los partidos comunistas toman posiciones políticas de envergadura por puras tácticas electorales: va en contradicción de la idea del "socialismo científico".

En cuanto a la Europa de los sindicatos, está en situación de formarse. Hay una convocatoria para noviembre firmada por tres centrales francesas —CGT-FO, CFDT y FEN (Federación de Educación Nacional) apoyadas por la Federación Internacional de Derechos del Hombre. Diríamos que es la concepción europea antípoda

de la Europa capitalista. Su comunicado de convocatoria es largo, pero se pueden entresacar algunos párrafos muy expresivos. "En un mundo en el que coexisten Estados con doctrinas políticas contradictorias se pueden advertir desgraciadamente atentados contra los derechos de los ciudadanos y de los trabajadores. Donde domina el capitalismo que se pretende liberal "existen prácticas represivas", "violencias cometidas por milicias patronales, medidas discriminatorias de los trabajadores, expulsiones contra ciertas categorías de extranjeros, despidos abusivos de delegados sindicales o prohibiciones profesionales. En los países del Este europeo y en la Unión Soviética las represiones son, como se sabe, de un orden distinto. Esperamos de todos aquellos a los que se dirige este mensaje que se comprometan a respetar los derechos y las libertades que pudieran ya existir en sus países, pero también que den su apoyo a medidas concretas. Lo que esperamos también de los Jefes de todos los Estados en los cuales hay encarcelados hombres y mujeres —en prisiones, en campos o en "asilos"— por motivos políticos, y a veces simplemente por haber recordado los términos de los acuerdos de Helsinki, es la liberación de esos hombres y de esas mujeres". (La CGT, central sindical de mayoría comunista, no se ha adherido a este escrito, pero tampoco se ha manifestado en contra.)

La crisis de la formación política de Europa tiene, naturalmente, una base económica, en el sentido en que se pueda distinguir economía de política, que no es un espacio demasiado abierto, pero abarca estos puntos: una formación continental equidistante, en el aspecto internacional, de los dos grandes bloques; un equilibrio económico común que permita una identidad de niveles de vida entre sus ciudadanos; un enfrentamiento entre el neocapitalismo o capitalismo liberal y las clases trabaja-

doras; una lucha por la democratización de sus instituciones por medio de los partidos en el Parlamento Europeo elegido por sufragio universal, directo y secreto; una serie de problemas entre los distintos países para conquistar/repudiar la hegemonía propia/de los otros.

En esta crisis de construcción —que a la larga, aunque sea muy a la larga, tendrá que resolverse en una cierta unidad mayor de la que existe hasta ahora— tiene o pretende engranarse la crisis española, con una economía trágica que se está revelando, a la luz de las medidas o propuestas medidas económicas del Gobierno, como un caos, con la posibilidad de una precipitación el Tercer Mundo; una dificultad considerable para el establecimiento de las premisas democráticas esenciales; una lucha de clases abierta para el mejor reparto de la riqueza. Y una vocación europea común, que desborda la realidad para entrar en lo fantástico: los otros países son europeos, lo saben y no se plantean problemas de identidad, mientras que España lleva más de un siglo queriendo ser europea, queriendo no ser diferente y beneficiarse —a escala del pueblo y de las clases medias— de lo que supuso el gran corrimiento de tierras de la Revolución francesa, que se detuvo en los Pirineos, pero que de una u otra manera alcanzó a todo el continente.

Los plazos de integración de los que se habla oscilan entre tres y nueve años para alcanzar una identidad plena con los demás. Pueden no ser muchos si consideramos nuestro retraso histórico; pero pueden multiplicarse si tenemos en cuenta que lo que España vaya modificando se irá modificando también, simultáneamente en Europa y en el mundo, y que hay una tendencia universal a que estos vacíos se amplíen en lugar de colmarse, como el Tercer Mundo está cada vez más lejos del mundo desarrollado.

La alternativa española es la de verse incluida definitivamente en el Tercer Mundo, la de "desclasarse" y convertirse en país de suministro de mano de obra y alguna materia prima a cambio de una colonización más o menos visible, de la venta de su terreno a industrias y turismo extranjero y una dependencia política y económica de un colono amable y disfrazado.

Que algunos de estos síntomas se estén manifestando desde hace años con insistencia (la exportación de obreros, que es una colonización moderna, las empresas multinacionales, la alineación con un dólar que a su vez se hunde, el turismo de apartamentos comprados y los créditos y empréstitos exteriores, más el desnivel de nuestra producción industrial en cuestión de calidad y de precio) nos señalan ya la posibilidad de esa caída. ■